Sin urbanizar. Una vista de la barriada de Uretamendi. ARCHIVO FLOREN CARRÓN

La vida en las chabolas de Bilbao

Una dura realidad. El historiador Iñigo López Simón rescata la memoria de aquellos barrios que, en los años 50, eran visibles desde toda la villa

CARLOS BENITO

Reparando una de las chabolas. ARCHIVO FLOREN CARRÓN

La historia de las chabolas de Bilbao arranca en cientos de pueblos de Castilla, de León, de Galicia, de Extremadura, desde donde partían las familias en un viaje duro e incierto. En su libro 'Este barrio de barro', cuya versión en castellano acaba de publicar Txalaparta, el historiador Iñigo López Simón recoge los recuerdos de algunos de aquellos emigrantes. Por ejemplo, la cacereña Feli Carretero, cuyos padres trabajaban para unos terratenientes antes de mudarse al norte: «Vendieron la casa y el ganado, esas eran todas nuestras pertenencias. Fue entonces cuando mi madre vio por primera vez un billete de 500 pesetas», relata. O Eugenio Sánchez, salmantino, que también era un crío cuando abandonaron su pueblo, con un burro para trasladar los bártulos a la estación de tren más cercana: «Nos cruzamos con uno de los pocos ricos del pueblo. A mi madre le dijo unas palabras que jamás olvidaré: 'Segunda, ¿os vais para el norte? Vais a volver cacareando y sin plumas'».

Llegaban a Bilbao, una ciudad que les ofrecía trabajo prácticamente seguro, pero nada más. En su libro, López Simón combina datos, análisis y testimonios para brindar una visión global de aquel Cinturón de Hojalata que, a mediados de los 50, era visible desde cualquier punto de la villa. He aquí uno de esos datos, particularmente demoledor: en aquella época, el alquiler de una vivienda salía por más de 200 pesetas y el de una habitación, por 50, mientras que las familias que habitaban los barrios de chabolas cobraban, como media, un sueldo mensual de 30 pesetas. Algunos se las arreglaron compartiendo vivienda con conocidos o con desconocidos, pero otros decidieron levantarse un hogar en las laderas que rodean Bilbao: se construyeron chabolas en suelo público y en suelo privado (ahí, los propietarios del terreno cobraban una renta) e incluso hubo quienes pidieron al Ayuntamiento un permiso que casi siempre fue denegado. También surgieron asentamientos chabolistas en pleno casco urbano –en la Campa de los Ingleses, en Luis Briñas, en Pérez Galdós...–, aunque lo que ha quedado en la memoria colectiva son las barriadas de la montaña: Uretamendi, Betolaza, Artxanda, Monte Banderas, Monte Cabras...

Al relatar aquella experiencia, es prioritario sortear dos peligros: la estigmatización en la que caía a menudo la prensa de la época y la romantización en la que se ha incurrido a veces después. «Del estigma se sale dando voz a quienes vivieron esta realidad, conociendo sus motivaciones y viven-

Traslado de una vivienda supervisado por el cura Armentia. ARCHIVO MUNICIPAL DE BILBAO

Un trago para aliviar la tarea. ARCHIVO MUNICIPAL DE BILBAO

cias. El tema de la romantización es más complicado, porque muchas veces se tiende a presentar estas historias como una superación personal, una defensa de la meritocracia y el ascensor social. En realidad es la historia de un conflicto colectivo en el que, gracias a una lucha comunitaria, a una red vecinal firme y a una denuncia pública, se consiguió que esta gente viviera en unas condiciones habitacionales dignas», explica a este periódico Iñigo López Simón. ¿Qué nos llamaría la atención si pudiésemos visitar ahora alguno de aquellos barrios? «La gente siempre destaca dos cosas: el barro de las calles y la limpieza de los hogares. Dependiendo del barrio y la zona encontraríamos una urbanización mínima que era consecuencia del 'auzolan', el trabajo comunitario. Otras zonas eran aún más precarias y solo encontraríamos un puñado de construcciones. Lo más probable es que en esas calles, al menos en horario laboral, encontráramos mujeres y niños».

El censo elaborado por el Ayuntamiento en 1955 hablaba de 825 chabolas con 3.702 habitantes. En 1960, un reportaje de 'La Gaceta del Norte' elevaba la cifra hasta 4.987 viviendas y 26.314 personas. López Simón hace una puntualización: «Contra lo que se decía en la época, no eran barrios degradados, puesto que nacieron de forma precaria y fueron mejorando». Al principio, se edificaban a todo correr con cajas de cartón, madera, planchas metálicas y tela asfáltica, pero con el tiempo se envolvía esa estructura con paredes de ladrillo, como una segunda piel que acababa sustituyendo a la primera, y la mísera cubierta daba paso a un tejado de verdad. «Para finales de la década de 1950, Bilbao no estaba rodeada de un cinturón de chabolas, sino de un gran número de núcleos urbanos con unas carencias comunes y una realidad altamente precaria». En ellos, por cierto, también residían personas nacidas en Bizkaia.

Había barrios sin agua, había barrios sin luz, había barrios sin agua ni luz... En algunos, los accesos casi obligaban a hacer montañismo. La asistencia médica brillaba por su ausencia, las escuelas escaseaban y no daban abasto y no existían más espacios de ocio que los que fuesen creando los propios residentes. Y, por supuesto, cuando 'bajaban a Bilbao', solían toparse con desprecios y desaires: «Nos decían que éramos chaboleros, catetos. Yo procuraba no darle importancia. Algunos padres les decían a sus hijos que no se juntaran con nosotros», le cuenta Feli Carretero al historiador, evocando su experiencia en el colegio de La Casilla. En ese sentido, no tiene desperdicio la respuesta que dio el alcalde de Arrigorriaga al cura que le pidió ayuda para el barrio de Oilargan: «Son 'koreanos', estaban peor en su pueblo, que no se quejen».

ESTE BARRIO DE BARRO
IÑIGO LÓPEZ SIMÓN

Editorial Txalaparta. 216 páginas. Publicado originalmente en euskera como 'Bilboko etxola batean'.

Curas y universitarios

López Simón rescata a algunos personajes inolvidables. Ahí está Eloy el Santanderino, que en realidad era extremeño, un hombre que empezó cobijándose en una cueva y se convirtió en el pionero de Uretamendi; o Julián el Coyote, el tabernero del barrio, un tipo de genio endiablado que maldecía contra los curas incluso mientras estaban dando misa; o Tiburcio Alonso y José María Buxens, los universitarios de Deusto que se quedaron a vivir en las chabolas para elaborar un estudio que hoy es un tesoro; o Borri, el 'padre chabola', y su sucesor David Armentia, los jesuitas que se remangaron la sotana para sacar adelante el barrio. Armentia, de hecho, llegó a amenazar a algún marido maltratador con devolverle él mismo los golpes.

En agosto de 1961 se inició la Operación Derriba-Chabolas. Muchos ocupantes de chabolas fueron trasladados a Otxarkoaga: del mismo modo que Bilbao les había dado trabajo y nada más, ahora les proporcionaba vivienda y nada más, porque el barrio carecía de infraestructuras hasta el punto de constituir un ejemplo de 'chabolismo vertical'. López Simón cuenta cómo, en realidad, muchos experimentaron en aquel momento su proceso de adaptación a la vida urbana, porque el ambiente de comunidad en las chabolas había sido similar al de sus pueblos de origen.

¿Qué legado ha dejado el chabolismo en Bilbao? «Creo que daría para otro libro –responde el historiador–. Lo principal es que esa gente eran ciudadanos de esta ciudad desde que se bajaron del tren. Con su día a día en las calles y fábricas aportaron a lo que fue y es esta ciudad. Para mí el poso más evidente es el asociacionismo, no solo el vecinal, que tiene el germen en esas asociaciones de vecinos, aunque no se llamaran así, que surgieron en las chabolas. Durante el tardofranquismo y los años posteriores a la muerte del dictador tenemos grandes movimientos vecinales como los de Otxarkoaga y Rekalde que son continuación, entre otros factores, de lo que alumbró el cinturón de la miseria que rodeó Bilbao».